DIÁLOGO DE POETAS

La frescura del día

La poesía de Claudia Hernández de Valle Arizpe siempre ha estado en estrecha relación con el mundo sensible, con la manera de estar en él, de “sentirlo” en la forma más literal del término. A través de colores, olores, sabores, sonidos, caricias. Uno de sus libros más importantes se titula *Hemicránea*, y busca comunicar ese sentir en su parte más corpórea: el dolor. Sabemos que cuando decimos me duele el abandono y me duele la cabeza, el dolor no es lo mismo, aunque no pueda ser entendido un dolor sin el otro. El dolor del cuerpo es, en cierta manera, irresistible en la medida en que no es fácil de incorporar a nuestra inteligencia. Pero, en los últimos años, Claudia Hernández de Valle Arizpe ha conseguido ver el afuera como propio, es decir, no mirarse desde fuera sino mirarse desde dentro al mirar a los otros, al paisaje, a las cosas.

De ello son buen ejemplo los poemas que aquí se publican: al describir un paisaje o un sueño, una enfermedad o un viaje, la escritora hace eso justamente: describe, sin poner –al menos que se note– mucho de su cosecha, y eso provoca que el paisaje o una enfermedad le hablen, sean la voz y el cuerpo del mundo, de su mundo en la extrañeza que siempre necesita la poesía. Podríamos decir, parafraseando a Ortega, que el poeta es un ser –incómodo (de ida y vuelta)– en el mundo. Su mundanidad es subrayadamente dolorosa si se entiende y vive a fondo. Por eso su mirada –su dolor, su alegría– se concentra en un punto. “Lo mejor del río

CLAUDIA HERNÁNDEZ

fue la libélula”, principio del segundo poema, es un verso tan extraordinario que es casi una declaración de principios: la focalización de la vista en un detalle de la misma manera que el dolor se focaliza, como bien sabe quien padece migrañas o gota, o un dolor de muela.

La voz mítica, a la que aspira todo texto, se consigue cuando esa voz habla de un estar ahí presente: si ella sabe que estuvo en Tebas la griega, fue porque en sus sueños habló hoy, en ese eterno presente. En el cuarto poema se habla ¿del regreso? Creo que sí: también Penélope viaja con Ulises y regresa a casa después de muchas aventuras (tóme-se en cuenta la diferente significación cuando se dice: un hombre tiene aventuras y una mujer tiene aventuras). Empieza: “Quito el polvo de habitaciones o muebles”, lo cual podría presagiar el típico poema feminista de los años setenta u ochenta, pero prosigue: “de la sábila y los libros”. ¿Ha cambiado el tono? Pienso que sí, lo ha transformado el ritmo y la acentuación: habitaciones, muebles y libros están en otro registro que esa milagrosa, y en cierta manera humilde y cotidiana, sábila, que es milagrosa porque es esdrújula.

Y es también la magia de la ambigüedad que hace la poesía y de la cual no necesariamente es consciente el poeta: “recibo el pan fresco del día,/ la fruta recién cortada”. Suponemos en un primer impulso que a la frescura del pan corresponde la frescura del fruto “recién cortado”, como se dice del pescado, que ha sido sacado por la mañana (otra manera de la frescura). Pero en una segunda lectura, tan “natural” como la primera, el fruto está cortado para comerse, acompañado de ese café caliente en la cotidianidad o excepcionalidad de la pareja, mientras: “Se está cayendo a pedazos todo, allá afuera.”

El afuera no es entonces un tiempo distinto, ni siquiera un ahora lejano, sino justamente eso que está allá afuera y que forma parte del ser en su complejidad. En su libro *Perros muy azules*, del cual están tomados estos poemas, la idea del presente como una ruina es muy importante, pues hasta el mundo más fresco es una ruina construida cada día.

José María Espinasa.